

XVII Encuentro Nacional de Cofradías Penitenciales  
Ávila, del 17 al 19 de septiembre de 2004

## **Los niños y las cofradías**

*Javier Fresno Campos*  
*Diácono de la Diócesis de Zamora*

Cuando, hace meses, me pidieron que participara en este Encuentro, el tema sugerido en principio fue el mundo de la juventud cofrade. Sin embargo, después de un Encuentro Nacional y otro Encuentro Juvenil dedicados al tema, ambos el año pasado, me parecía innecesario decir nada más. O al menos, poco oportuno en este momento. Sin embargo, había otra cuestión que merece nuestra atención, y que ha sido poco -o más bien nada- tratada en nuestros Encuentros, y es éste de los niños y las cofradías.

Sabía de antemano que es fácil hablar de jóvenes, pero difícil hablar de niños cofrades, si se quiere salir de los tópicos y dar una cierta profundidad al estudio. Y que ni soy pedagogo ni experto en infancia, sino simplemente un cofrade que observa lo que sucede a mi alrededor. Disponemos de muy pocas reflexiones, incluso entre la literatura pastoral general, no digamos ya en el ámbito cofrade, sobre la infancia. También dificulta las cosas el amplio marco de edad, ya que estamos hablando desde el nacimiento hasta el inicio de la adolescencia, un periodo de más de 10 años. Sin embargo, me parece que el tema resulta de gran actualidad, y se relaciona estrechamente -como veremos- con la problemática profunda de la situación cofrade actual. En todo caso, la dificultad puede hacer el reto doblemente atractivo. Vamos a ello.

### **Algunos datos que todos conocemos**

*"A los hermanos de paso y de fila hay que sumar una nueva categoría, por fortuna bastante abundante, los hermanos 'de chupete'. A eso se llama mamar la Semana Santa desde pequeños".* Así presentaba La Opinión -un periódico de Zamora -, en su edición del Lunes de Pascua de este año, un reportaje gráfico lleno de niños, efectivamente vestidos de cofrade, y efectivamente con chupete todos ellos. No creo que el dato sea nada original, y cosa parecida sucede en todas partes. Hace tiempo que vemos a niños pequeños integrando las filas de las hermandades y cofradías de toda España, pero esa presencia se ha multiplicado extraordinariamente en los últimos años.

La importancia numérica de los niños -cuando no hay factores que la distorsionan como la existencia de *numerus clausus* o limitaciones de edad, es ya significativa en el conjunto de la hermandad, o al menos entre los que salen en procesión. Y más aún, los niños son un

porcentaje grande dentro de los que ingresan como nuevos hermanos. Podemos arriesgarnos a decir que, si hace veinte años los motivos de ingreso en las cofradías eran fundamentalmente del entorno social -la panda de amigos- a lo que se añadió luego el "tirón" popular de la Semana Santa en la década de los 90, hoy día el motivo fundamental de ingreso es familiar, y se manifiesta en las altas de los hijos pequeños de los propios cofrades. Ya sé que es una conclusión apresurada y provisional. Tómennla como tal.

Si se les permite -y en muchas cofradías sí que se les permite- los niños son realmente los que "se lo pasan bien" en la hermandad. Sus padres les traen con todo cariño, pero una vez allí habitualmente les dejan sueltos para que, junto con los otros niños cofrades, disfruten de ese mundo de relaciones y juegos en que consiste la infancia. Hacen amigos, que al menos volverán a ver en la Semana Santa siguiente. Disfrutan. Las posibles travesuras del niño en los actos de hermandad o en la procesión no suelen ser recriminadas, y a menudo se programan actividades específicas para esas edades, ya sea durante esa Semana o en el resto del año.

Sin embargo, vemos que ese luminoso mundo de la infancia cofrade se apaga un día determinado. Llegado un momento, el niño comienza a ser adolescente, establece otras relaciones que ya no pasan por la hermandad, un grupo de amigos distinto, incluso en Semana Santa. Y poco a poco, la mayoría de estos niños -ya casi jóvenes- desaparecen. No serán borrados de las listas de hermanos, porque sus padres siguen pagando fielmente la cuota, pero apenas aparecerán por la cofradía y, si lo hacen, será exclusivamente en el momento de la procesión. La ilusión que despertaba en ellos todo el mundo cofrade se desvanece, y a los compañeros cofrades de juego de antaño prefieren encontrárselos, en todo caso, en un bar de copas, y no poniéndose el hábito.

Son cosas de la vida. Las etapas de la niñez y la juventud son distintas. La semilla que se sembró en los niños, quizá algún día llegue a germinar. No desesperemos. Pero la desaparición de los niños llegada cierta edad, el que aquellos que son considerados "el futuro" de la Semana Santa se descuelguen de la tradición, y no lleguen a asumir responsabilidades propias de adultos, aparece como un dato preocupante.

## Un análisis preliminar

Probablemente todos abandonamos hace tiempo la visión del mundo infantil como un espacio idílico, dominado por la ternura y la inocencia, y segregado del mundo adulto determinado por la ambición y dominio. Si la psicología evolutiva ya había descrito a los niños como seres egoístas e insaciables, "esos monstruos bajitos", la presión publicitaria ha potenciado esa insaciabilidad, convirtiéndolos en uno de los colectivos de consumo más potentes. Y la presión social -en un mundo como el occidental donde cada vez hay menos niños- ha tutelado sus derechos como nunca. Y ellos lo saben: peguen un cachete a un niño que no para quieto en catequesis o en clase y lo comprobarán. Se saben una "especie" protegida, digna de todas las atenciones. Y explotan muy bien su rol.

En efecto, los niños de hoy en día tienen fama de malcriados, de tiranos y caprichosos, de verdaderos manipuladores. Aquellos padres que colmaron de regalos a un niño, y le evitaron cualquier contrariedad, con el deseo sincero de que no le faltara nada de lo que a ellos les faltó cuando tenían su edad, ahora tienen en casa un pequeño monstruo con el que es imposible convivir, o siquiera negociar, y mañana tendrán un fracasado social, incapaz de valerse por sí mismo. Muchos han señalado que no son los niños los responsables de ese desastre. Que donde abundan los caprichos falta el cariño verdadero, y sobre todo falta el ejemplo. Es posible. En todo caso lo cierto es que el mundo infantil está determinado -consciente o inconscientemente- por el mundo adulto. Que los niños no nacen "manipuladores" sino que aprenden a serlo, en casa y en el entorno social en que se mueven, hoy ya un entorno globalizado por los medios de comunicación y, por tanto, contra el que es muy difícil luchar.

Bien, hasta aquí no salimos de los tópicos. En este contexto, podemos preguntarnos cómo vive el niño su pertenencia a la cofradía. Para él se trata de un lugar donde -por lo general- son los mayores quienes le traen. Esto parece obvio. ¿Por qué motivo le traen? Porque para los mayores es un lugar importante. Otra obviedad. Más o menos importante según la vinculación cofrade de cada padre, lo cierto es que, al menos llegadas las fechas de la Semana Santa, una parte importante de la vida del progenitor gira en torno a esa curiosa organización que llamamos hermandad. Pero también perciben que, para los mayores, es importante que él esté allí. No se trata simplemente de traerles porque

no tenemos con quien dejarlos, para que no estorben, sino que el padre demuestra constantemente su ilusión en que el niño se vista el hábito, se ponga la medalla, participe en la procesión. Es parte de un deseo más hondo, de que el niño aprenda a estimar y valorar la cofradía, como el mismo padre la estima. Es un ejercicio de "modelado" por la cual el padre intenta transmitir sus propios valores al niño, se los inculca. Y en cierta medida, este modelado tiene éxito. El niño tenderá a "hacerse digno" de lo que los mayores esperan de él, o al menos a imitarles. Y realizará con la mayor destreza posible aquellos pequeños encargos que se le encomienden. Para él, será un orgullo participar en las procesiones con la misma seriedad con que vea participar a los padres, y que éstos le muestren a sus amigos como su digno continuador en la hermandad.

Y así la cofradía es, en realidad, una continuación del ámbito familiar, aunque sea distinto. Está con los padres, pero a la distancia justa para poder "hacer su mundo", crear sus relaciones, jugar... No es como la escuela, donde el niño percibe un ámbito de responsabilidad, se le pide una seriedad y una responsabilidad, se le marca una tarea y se le exigen unos resultados. Aquí vive y disfruta a su libre albedrío, y las pequeñas responsabilidades de que antes hablábamos -ser monaguillo, portarse bien en la procesión- tienen un corto alcance. Tampoco hay un horizonte de metas que estimulen su interés. Más bien es un sitio donde puede hacer lo que quiera.

Debíamos preguntarnos algo más importante aún y es qué opina el niño de cómo viven los mayores la cofradía. Ya hemos dicho que percibe que para los padres es un mundo importante. ¿Por qué lo es? Los diversos motivos (tradición, amistades, familia...) no están claros. El niño ve que, en la cofradía, el adulto es capaz de restablecer una serie de relaciones que, durante el resto del año, apenas si vive. Incluso, en casos extremos, la cofradía es el único contacto con una ciudad o una vida que dejó atrás. Es también una ocasión para recordar otros tiempos, para volver la vista atrás, generalmente con cariño. Más allá de estas consideraciones, puede percibir que existe algo indefinible, una "devoción" si usamos este término genérico e indefinible, que une a los padres con la hermandad, o con sus imágenes titulares. Aunque es más dudoso que ese algo indefinible tenga claramente un perfil religioso, y no se mueva exclusivamente en el terreno de los sentimientos. Dicho de otro modo, si esa devoción paterna conecta con la vivencia religiosa de los propios padres, tal como el niño la puede percibir en otros ámbitos (misa dominical, religiosidad en casa, etc...) -si es que la

percibe en algo-, y con la que religiosidad que el mismo niño va empezando a desarrollar en la catequesis y en sus prácticas de fe.

Otra pregunta que nos podemos hacer a continuación es cómo viven los padres la presencia del niño en la hermandad. En general, ya lo hemos dicho, para los padres es importante que el niño esté allí. ¿Por qué? ¿Se trata de transmitir una vivencia muy honda que el padre tiene? Todo padre desea transmitir lo mejor a sus hijos, y entre eso mejor está también la pertenencia a la hermandad. No se pueden comprender de otro modo esos padres que inscriben a sus hijos en la hermandad antes de bautizarlos, incluso antes de ir al registro civil. Se les quiere transmitir el amor a la cofradía como el amor al deporte, a la Navidad, o a la pesca. Es decir, hay un cierto grado de proyección del padre, por vía de modelo, de ejemplo, con sus aficiones, sus preferencias y sus devociones. En términos pedagógicos, un "modelado".

Pero dentro de estas aficiones paternas, hay algunas que movilizan más la afectividad, como puede ser el caso de la Navidad o la cofradía. Y en las que la presencia del hijo condiciona muy profundamente la vivencia que el propio adulto tiene de ellas. Si soy pescador y llevo a mi hijo de pesca, tendré que atenderle todo el día, preocuparme más por enseñarle que por mis capturas... pero en el fondo será un día de pesca. Sin embargo la Navidad para cualquier padre significa algo muy distinto de para el que no lo es. No me refiero sólo a los regalos o las cenas. El hecho de montar el belén, de ir a misa del gallo o a ver nacimientos.... son cosas todas ellas probablemente olvidadas hace años, que ahora el hijo nos hace redescubrir. No se me ocurriría pensar a mis años en los Reyes Magos o en disfrazarme de pastor, si no fuera por la ilusión de mi hijo o porque tengo que acompañarle en una obra de teatro en el colegio. Son generalmente los hijos quienes nos vuelven a hacer vivir la Navidad, de una forma distinta a cuando éramos niños, pero tan intensa o más. Nuestros hijos nos hacen retomar las ilusiones de la infancia -tal como las recordamos ahora que somos adultos, idealizándolas-, nos hacen volver a ser niños. Y entre otras cosas, volver a la cofradía si la habíamos semiabandonado. ¿No les ocurre esto a muchos padres?

En estos casos, siempre cabe la duda de si el que disfruta de la Navidad es el niño o el padre. Para el niño, pueden ser unas simples fiestas de regalos y consumo, sin captar la hondura de ternura que pone el padre. Es como cuando el padre compra ese gigantesco Scalextric, ¿era un regalo para el niño o para el padre? Del mismo modo, cuando el padre

desea que su hijo sea abogado o médico, porque él quiso serlo y no pudo. ¿No es una proyección de las ambiciones paternas, quizá frustradas, en la persona del niño; una proyección de los sueños e ilusiones paternos? Pero en toda educación es imposible deslindar por completo la personalidad del educador y el respeto a la personalidad del educando.

Estoy apurando la argumentación porque a donde quiero ir es a la sospecha de que ese mecanismo tan frecuente, la proyección de los padres, de sus recuerdos y deseos, en los niños, también funciona en el ámbito de la Semana Santa. Y en realidad ese mecanismo supone un condicionamiento muy fuerte en el hijo, que durante años es asumido de forma acrítica, pero llegada la adolescencia es discutido, o más bien es rechazado. El hijo -un ser en aprendizaje- tiene ahora otros "maestros": los amigos, los medios de comunicación, la noche... Y se traza otros objetivos. Por eso el hijo del pescador busca cualquier excusa para dejar de ir con su padre a pescar, y el hijo del cofrade se va de copas con los amigos en lugar de ir a la procesión.

¿Ha estado mal intentar transmitir los propios valores al hijo? No, sin duda. Pero acaso no se le ha dado margen para que el hijo personalice esos valores, los haga suyos, de una forma no sólo emotiva, sino también racional y social. En el mejor de los casos, la cofradía será un recuerdo de lo bien que lo pasábamos en la infancia, y ese recuerdo se volverá a activar probablemente cuando ese hijo sea a su vez padre. La cofradía puede convertirse en un lugar para añorar y volver, como turrónes El Almendro por Navidad. Un mero sentimiento, sin apoyatura ninguna.

Cuando digo sentimiento, me refiero a una mera emoción sensible. En la cofradía existen una serie de experiencias reales, experiencias fuertes. Algunas de ellas pueden ser racionalizadas y otras no. En la religión lo que hacemos es intentar racionalizar experiencias, pero dejando un amplio margen a lo que tienen de meramente emotivo, y a lo que tienen de no racionalizable, de misterio. Ahora bien, sin esa racionalización, sin el discernimiento entre unas y otras, el empeño en ser coherentes con lo que sentimos, en aprender y escuchar... la fe acaba en una emoción evanescente. Algo muy de hoy día, desde luego.

¿No pasa lo mismo en las cofradías? Y eso, ¿no se debe a que para los adultos, tampoco hay más que una emoción evanescente, y por tanto no

pueden transmitir otra cosa? Volviendo al ejemplo de la Navidad, casi nadie se la plantea como una ocasión de conversión, de encuentro con Dios, como la irrupción en la historia de una potencia salvadora que transforma la historia y transforma mi vida... Es simplemente una celebración entrañable. Podemos decir que la Navidad está "infantilizada", por cuanto lo que nos mueve a celebrarla es esa añoranza infantilizada de que hablamos. ¿No están también infantilizadas las cofradías? Los mayores, además de nuestras emociones y recuerdos de antaño, ¿tenemos algo más de la hermandad que podamos transmitir a los niños?

Estas reflexiones surgen con especial preocupación porque a las cofradías se nos plantea, en primer lugar, una cuestión de supervivencia. Todos conocemos la delicada estructura de las hermandades, que hacen necesaria su permanente reanimación con nuevos miembros. Un padre pescador, cuando intenta inculcar a sus hijos su afición, nunca dice "vosotros sois el futuro de la pesca". Pero un padre cofrade sí que dice a sus hijos "vosotros sois el futuro de la cofradía", porque sabe que la continuidad de la hermandad requiere esa incorporación. Y no basta que sea numérica, sino que debe ser efectiva. Muchas hermandades ya están empezando a vivir los problemas derivados de la bajada en el número de cofrades jóvenes comprometidos. Me refiero fundamentalmente a la primera juventud, el espacio entre la adolescencia y el comienzo de la edad madura, entre los 15 y los 30 años. Justo las edades en que, hace una década, más cofrades comprometidos teníamos, y a los que habíamos tomado como el soporte numérico de las principales actividades de la cofradía (cargas pasos, integrar bandas, salir en filas...). Todo esto nos conduce a analizar la situación de la juventud cofrade, y a preguntarnos por la diversificación de atenciones e invitaciones al compromiso a otras edades... Pero esto, siendo necesario, nos aleja del tema de esta reflexión. Volvamos a la infancia cofrade.

Ya queda planteado que, detrás del problema de la continuidad, veo el problema de la transmisión de la cofradía, de lo que es, su proyecto, sus ideales, su sentido... a las siguientes generaciones. Que no es sino un caso particular de la transmisión de la fe, y es justo lo que vamos a comentar a continuación.

## La transmisión de la fe en la sociedad contemporánea

Con este mismo título tiene Juan Martín Velasco un interesante libro (Sal Terrae, Santander, 2002), lúcido como todos sus escritos, que comienza señalando la importancia de la transmisión de la fe para la Iglesia: es el primer imperativo del Señor: "*Id al mundo entero y haced discípulos*". Y cómo esta transmisión parece tan difícil hoy día. "*Está fallando en la Iglesia el relevo generacional... Después de vivir una ralentización importante en la evangelización de los pueblos no cristianos, en las "misiones" a los "gentiles"... hoy comenzamos a sentirnos incapaces de transmitir el cristianismo a los mismos bautizados que se alejan de la fe y la práctica de la familia cristiana, y a las nuevas generaciones surgidas en el interior de las familias y las comunidades cristianas". "Son indicios claros el manifiesto envejecimiento de las comunidades y las dificultades experimentadas por padres y educadores en la transmisión de sus convicciones, valores y hábitos de vida, y sobre todo en el terreno de la religión"*.

Quizá debemos empezar por preguntarnos si puede la fe ser transmitida. Como relación de un ser personal con Dios, con el Absoluto, abrazar la fe es una decisión personalísima, que nadie puede determinar externamente. Pueden transmitirse los contenidos teóricos de la fe, o sus prácticas, sus usos y costumbres, pero no el hecho de creer. Ahora bien, ninguna fe puede prescindir de mediaciones, y en este caso una mediación de transmisión. "*Nadie vive una religión desde cero, ni crea su religión de la nada. Como en todas las demás dimensiones de lo humano, cada sujeto religioso nace en una religión que lo antecede*" y que le presta los medios para poder entender al Absoluto y dirigirse a él: "*el lenguaje, la cultura, el universo simbólico, los usos, las creencias, etc... Sin todo ello, el sujeto creyente no podría nombrar, interpretar ni, por lo tanto, vivir la experiencia que le convierte en creyente*". En todas las dimensiones de su vida "*el sujeto primero hereda, y después asume y hace suyo, para finalmente transmitirlo, el caudal de la humanidad en que se inscribe esa vida*". También ocurre así en la dimensión religiosa. Y esto no mengua la libertad la responsabilidad individuales de apropiarse la fe, hacerla propia. Al revés, la exige y la posibilita.

Para explicar la actual crisis se han invocado diversos argumentos. En primer lugar, la crisis generalizada de la religión que comienza con la Modernidad, y que se ha difundido y generalizado entre la población de las sociedades industrializadas en la segunda mitad del siglo XX. La

reducción de la presencia de lo religioso en la sociedad (la secularización), ha reducido la fe al ámbito de lo personal, de lo íntimo. Con la racionalidad moderna, se ha producido una crisis radical de la autoridad de lo tradicional. La dinámica de la postmodernidad generaliza la desregulación de las creencias y de las prácticas *"cada sujeto elegirá, según sus propios criterios, y con elementos tomados de diferentes tradiciones, siempre en torno a su propia experiencia"*.

Pero es que el otro polo, el fundamental en la transmisión, la familia, también ha experimentado una notable crisis. La familia "tradicional" ha desaparecido, y en su lugar aparecen nuevos modelos de familia. Para la familia "histórica" *"toda ella orientada a la reproducción de la vida y la transmisión, de generación en generación, de un patrimonio biológico, material y simbólico"*, la transmisión de la fe era una dimensión fundamental. Hoy tenemos sin embargo la llamada familia "fusional", basada en las relaciones afectivas de pareja; o la familia "club", que pretende vivir con realismo las ventajas y limitaciones de la vida en común, dando un amplio margen de autonomía a cada uno. En estas fórmulas -u otras que surjan- la transmisión de la fe es, en todo caso, una tarea accesoria y prescindible.

A todos esto se suma al cambio en la situación religiosa de los padres, los educadores por excelencia. Los estudios sociológicos señalan la relación entre el descenso de la religiosidad de los jóvenes y *"el acceso al matrimonio, y a la condición de padres y educadores y, por tanto, de agentes de la posible transmisión de la fe, de la generación que sufrió la crisis religiosa consiguiente al cambio de los años sesenta y setenta"*. Nadie puede dar lo que no tiene, y la generación de los padres de ahora, los nacidos entre 1964 y 1974, es definida como *"primera generación cuya socialización está marcada por la secularización de la sociedad; en ella predomina el grupo de indiferentes y ateos, muy por encima de los 'católicos practicantes'"*.

Finalmente el autor señala -y es algo importante para el tema que nos ocupa- la necesidad de una dimensión social de la fe. Importante -en lo que nos ocupa- también para que se de el mecanismo de transmisión, que *"requiere unos vínculos interpersonales sólidos y duraderos... Sólo estas relaciones pueden producir procesos personales de identificación como los que se realizan en el encuentro con personas concretas que tratan de llevar sinceramente la práctica del cristianismo a su vida diaria y están dispuestos a hablar de ello con los demás y a darles testimonio"*.

La familia es un lugar propicio sin duda, pero independientemente de su crisis actual, siempre ha requerido un apoyo externo. *"Es imprescindible para el niño, y sobre todo para el adolescente, lanzado a esa edad de nuevas relaciones al margen de la familia, que se encuentren fuera del ámbito familiar con personas que piensen, hablen, vivan y actúen como cristianos"*.

La familia se queda corta, y la Iglesia como gran institución en medio de la sociedad, con la forma de organización y funcionamiento que impone su tamaño, tampoco puede influir eficazmente en el ámbito de la vida personal. *"Solo 'grupos vitales abarcables' (las comunidades) constituyen el medio para que surjan y se desarrollen tales relaciones"*.

Bien. No creo que debemos deprimirnos por estos análisis, porque al mismo tiempo se están produciendo otros fenómenos que tienen un signo diverso. Al fin y al cabo, la dimensión religiosa es básica en la condición humana, y Dios se las arregla para, en cada tiempo y cultura, seguir hablando al hombre. Y Dios ama este tiempo y esta cultura, con igual amor que ha tenido por los que nos precedieron, eso es evidente. El mismo autor señala el cambio en los modelos de transmisión: crisis del modelo tradicional sí (bautismo-catequesis-sacramentos de iniciación-integración en la comunidad), pero aparición de modelos nuevos modelos, especialmente las conversiones y el bautismo de adultos. También señala -pero como un dato no tan positivo- la pluralidad de identidades religiosas entre los jóvenes, resultantes de esta transmisión cambiante.

Creo que algunos de estos análisis de Martín Velasco, en continuidad con lo que veníamos diciendo antes, nos permiten ir ampliando horizontes. En primer lugar, tenemos algunas pistas sugerentes sobre el futuro de las cofradías. ¿Pueden constituirse en esos "grupos abarcables" que permiten una socialización de la fe más allá de la familia, y por tanto la personalización de los niños, adolescentes y jóvenes? Yo pienso que sí, siempre que acertemos a plantear su ser y su tarea. ¿Pueden ser cauces alternativos a un sistema de transmisión de la fe en crisis? Todos vemos que, en algunos casos, lo están siendo. Todos hemos oído hablar de algún niño, no bautizado o simplemente alejado por decisión paterna, que se ha sentido atraído por la Semana Santa y a partir de ahí ha comenzado o retomado la catequesis. O de jóvenes apartados de la fe y la práctica religiosa cuyo rescoldo de fe, que a veces se reaviva clamorosamente, es la devoción cofradiera.

Al mismo tiempo, la crisis de la institución religiosa, de la credibilidad de la Iglesia, parece que afecta bastante menos -aunque también afecta- al ámbito cofrade. Al fin y al cabo, las cofradías siempre han sido entidades bastante "de por libre". Y así, vemos muchos cofrades que dicen creer en su Cristo o su Virgen, pero no en la Iglesia. Esto plantea problemas, pero también oportunidades. ¿O no?

De otra parte, todo este análisis nos ha dado algunas claves respecto de la situación y evolución de los niños cofrades. Porque estos niños son los hijos de esos padres "víctimas" de la crisis religiosa de los 60-70, de que hablábamos antes. Padres para los cuales la vivencia religiosa se ha reducido al ámbito de lo intimista, de lo emocional, de lo estético muchas veces. Padres que carecen de la apoyatura ideológico-ritual que nos permite "dar cuerpo" a la experiencia religiosa, personalizarla.

La experiencia religiosa está ahí, eso no lo discutimos. Hagan ustedes la prueba de investigar cómo vive íntimamente cada cofrade, en el silencio del capirote, la relación con la imagen que acompaña y con Dios. Yo la he hecho y les aseguro que se trata siempre de una vivencia religiosa. El problema es dar cuerpo y trabazón a esa vivencia, de forma que sea una fe real, capaz de enriquecer e iluminar toda la vida, de modular nuestros valores, actitudes y comportamientos. Para eso hace falta una "plantilla", un conjunto de ideas y modelos que nos permitan ensanchar la relación con el Absoluto. Un ejemplo: simplemente a la hora de dirigirnos a esa imagen que acompañamos, necesitamos saber quién es, a quién representa; y necesitamos saber cómo dirigirnos a ese Quien, saber orar.

Y ese sistema de ideas y modelos es el que los padres no pueden transmitir, o lo pueden hacer muy limitadamente, porque ellos mismos no lo han recibido, o en su día rechazaron el que se les ofreció. Por tanto, para ellos la vivencia religiosa se queda desnuda, sin contenidos. O acaban ocupando su lugar contenidos meramente culturales, emotivos, artísticos... Basta leer cualquier foro cofrade en internet para comprobarlo.

En cuanto a la cofradía misma, tampoco existe un conjunto de contenidos sobre su sentido que poder transmitir. Los que tenemos una cierta edad, recordamos cómo nosotros sí que recibimos de los mayores determinados contenidos, aunque fuera en forma de prescripciones o de

ritos no explicados, pero que estaban ahí. Por ejemplo, el respeto debido al hábito procesional, o la obligación de perdonarse antes de salir en procesión. Eran fórmulas sencillas que encerraban una tradición-transmisión. Pero esa transmisión se cortó, y ahora las generaciones de padres apenas saben transmitir a los hijos más que un sentimiento entrañable. Y volvemos así al argumento de la infantilización de las cofradías. Si hacerse hombre es ir interpretando desde la racionalidad, y realizando en nuestra vida, aquello que nos motiva, que nos mueve, la vivencia cofrade se sitúa hoy día en las fases iniciales del desarrollo personal, en la emoción sin interpretación racional y sin compromiso vital, sin crecimiento. Un retorno anual al espacio añorado de la infancia.

### **Un segundo análisis fenomenológico**

Dejemos la obra de Martín Velasco, pero sigamos nuestro análisis por el campo de trabajo más específico de este autor: la fenomenología religiosa. Para quien no sepa bien qué es la fenomenología, diremos simplemente que se trata de una ciencia, independiente de la ciencia teológica, que estudia el hecho religioso en sí mismo, sus componentes, pero de forma no confesional, independientemente de cuál sea el credo o religión de que se trate.

Lo primero que salta a la vista en el análisis fenomenológico del mundo cofrade, es la existencia de un conjunto de ritos, de una ritualidad. Si se quiere, una "liturgia". Transmitida durante siglos, o impostada el año pasado, tanto nos da. La ritualidad entra dentro del ámbito de las mediaciones que nos permiten relacionarnos con el Absoluto, con el Otro, el que es totalmente distinto del hombre, y al que por tanto no podemos dirigirnos con la facilidad y familiaridad con que nos dirigimos a un semejante.

En una religión naturista, o clásica (como las de Grecia y Roma) el rito puede ser lo primero, lo fundamental, y de ahí derivar el mito, la interpretación, la creencia. Pero no en la nuestra, ni en general en las religiones que llamamos "proféticas", "históricas" o "reveladas". En éstas, el rito deriva de un texto, de una historia. En términos más precisos, de un "relato". La narración de hechos pasados, pero que tienen que ver con el presente. El rito cofrade, con toda su densidad e importancia, no nace de la necesidad de sacralizar la vida mediante

gestos y acciones, del amor por la estética o por el "juego sagrado", sino de la rememoración de unos hechos concretos, que sucedieron, y que son vitales para nosotros.

La liturgia judía, y luego la cristiana, tienen un concepto fundamental para explicar el por qué de sus ritos: la *anamnesis*. La anamnesis es más que el recuerdo, es la actualización del hecho salvífico del pasado, que también nos salva hoy. La celebración anual de la Pascua de los judíos conmemora el inicio histórico del pueblo de Israel, cuando fue sacado de la dominación de Egipto por la mano de Dios. Igual que entonces, se come un cordero -el cordero pascual- y se agradece la intervención salvadora de Yahvé. El niño más pequeño de cada familia debe preguntar por qué se tiene esa cena especial, y el mayor le responderá: "*Es debido a lo que Yahvé hizo por mí a la salida de Egipto*" (Ex 13, 9). No dice "por nuestros antepasados", dice "por mí". Cada israelita, en esa cena ritual, y a partir de ella en todos los momentos de su vida, se siente salvado personalmente por Yahvé. Siente que la historia de salvación continúa hasta él, se realiza para con él. Y eso lo rememora y lo actualiza, año tras año, en la cena pascual.

Del mismo modo, la anamnesis cristiana recuerda y actualiza la salvación de Jesús, que llega hasta cada hombre. Cuando el sacerdote toma en sus manos el pan y dice "*Esto es mi Cuerpo, tomad y comed...*", lo que hace no es una mera evocación. Cristo está diciendo "Tomad y comed" a cada uno de los asistentes, es de nuevo Jueves Santo y todos son de nuevo invitados a participar de los frutos de su Pasión que ocurrirá en cuanto despunte el día. "*Cuantas veces se celebra en el altar el sacrificio de la cruz, en el que Cristo, nuestra Pascua, fue inmolado, se realiza la obra de nuestra redención*" (LG 3).

La tradición cofrade a lo largo de los siglos ha tenido diversas espiritualidades, o diversas modulaciones de su espiritualidad, pero siempre un mismo contenido anamnético. El cofrade flagelante de hace cuatro siglos, pensaba que su sangre derramada se unía a la sangre derramada del Señor, y así se convertía en río fecundo de santificación para el mundo. Posteriormente se desarrolló más el sentido penitencial: verter la sangre, o acompañar los pasos procesionales, era una manera de hacer penitencia por los pecados personales, y los del mundo. Más tarde, desaparecidos los penitentes, ha sido el sentido devocional, la veneración de los dolores de Cristo y su Madre. Pero siempre ha estado presente la consideración de la Pasión, acercada de una forma tan

plástica en las imágenes alumbradas, como fuente de salud para el género humano, pero también para mí, para cada uno. Mirar a las imágenes benditas era mirar al Señor que sale a mi encuentro, sentirme amado hasta el extremo por él, sentir que piensa en mí, que él también me mira. Que por mí da su vida y me salva, con una salvación efectiva que tiene que ver con mi vida de cada día, con mis cosas, con mis propios dolores y sufrimientos.

El papel del relato consiste en dar contenido y consistencia a una esperanza de salvación. En nuestro caso, no basta conocer cómo se sucedieron cronológicamente los hechos de la Pasión. Es preciso saber quién era ese Jesús que murió de tal modo, qué hizo y dijo, y por qué encontramos en él motivo para la esperanza. Y aquí es donde más problemas encontramos, especialmente en la transmisión a los niños y adolescentes -que es el tema que nos ocupa- incluso en nuestras propias catequesis.

Podemos preguntar a cualquier niño quién es para él Jesús de Nazaret. Si ustedes lo han hecho, habrán encontrado una respuesta que se repite de forma mayoritaria, por no decir casi exclusiva: "Jesús es mi amigo". Y efectivamente Jesús es nuestro amigo, y ha dado la vida por cada uno porque nos quiere. "*El Hijo de Dios me amó y se entregó por mí*", dice San Pablo. Pero entenderemos más el calado de la respuesta si ahondamos en el contenido de los programas de catequesis infantil, especialmente los de Primera Comunión, y vemos que ese es precisamente el mensaje que se transmite a los niños. Jesús es un personaje cercano, un amigo íntimo, con quien establezco una relación de intimidad comiendo su Cuerpo y bebiendo su Sangre.

Parece una preparación adecuada a la edad y a la recepción de la Primera Comunión, y sin duda lo es. Todos sabemos que una gran mayoría de niños recibe la Primera Comunión, pero que pocos, muy pocos, siguen más adelante en su iniciación cristiana. Pero es que entre quienes siguen, entre los asistentes a la Catequesis de Confirmación, y desde luego entre los jóvenes que podemos tener en el entorno cofrade, la respuesta que hallaremos seguramente sea la misma que aprendieron de pequeños: "Jesús es mi amigo". Y no digo yo que Jesús sea menos amigo de los adultos que de los niños de 9 años, pero me pregunto si esta respuesta es adecuada a la edad de quienes están entrando ya en el mundo adulto.

Ese personaje "amigo", entrañable, nos remite permanentemente al mundo de la infancia, donde con suerte aprendimos a relacionarnos con él, a rezarle el "Jesusito de mi vida" y otras oraciones por el estilo; donde tenía una existencia real a nuestro lado. Pero a menudo ese personaje no ha ido creciendo al mismo ritmo que nosotros, se ha quedado siendo un amigo infantil. Algo así como Peter Pan, el que se negaba a crecer. Es decir, poco más que un bonito cuento. Nadie con capacidad para dar respuesta a mis problemas, mis inquietudes, mis dolores y sufrimientos, o mis responsabilidades de joven y de adulto. ¿No es esa la crítica a la fe de los adolescentes y jóvenes? Dicho de otra manera, quizá estemos infantilizando la figura de Jesús, incluso nosotros mismos cuando se la presentamos a los propios niños. Quizá la presentación que hacemos de Jesús en nuestras catequesis -no la que quieren los planes de formación, sino la que resulta en la práctica- suene a un bonito cuento, nada más.

Si logramos ahondar más en la persona histórica de Jesús de Nazaret, enseguida nos encontramos con dos datos relevantes: Jesús "hizo" y "dijo". Por cuanto dijo, podemos considerarle un maestro moral, uno de primerísima fila. Y aquí sí vemos un motivo de salvación: las enseñanzas de Jesús a todos nos parecen positivas, oportunas, salvadoras. Siguiendo las enseñanzas morales de Jesús, el mundo sería mejor y los hombres seríamos más felices. Esta es una verdad que reconocemos todos sin dificultad, aunque apuntamos en seguida la enorme dificultad que encierra seguir esas enseñanzas, y lo incompatibles que parecen con los deseos y ambiciones del mundo actual, de nuestra sociedad. Por ello, la enseñanza de Jesús puede ser sólo una estupenda utopía, que estaría muy bien si alguna vez alguien intentara llevarla a la práctica. Pero ahí se queda.

Respecto a las cosas que Jesús hizo, a los milagros y curaciones, y en particular al mayor de sus milagros, su propia resurrección, para quien cree en ellos son su acreditación, el signo de que en él actuaba la potencia de Dios, irrumpía la salvación de Dios en la historia de los hombres. Pero podemos preguntarnos cuántos de nuestros cofrades, cuántos de los bautizados, incluso de los que tienen algún tipo de práctica religiosa, creen en esos milagros o en la misma resurrección del Señor. Se me dirá que sin la fe en la resurrección, el cristianismo no vale de nada. Y es verdad, pero no estoy juzgando, sólo describiendo lo que veo. La mentalidad cientifista de la sociedad contemporánea es

refractaria a explicaciones extraordinarias, que se aparten del curso natural de las cosas. Los milagros tienen hoy poco crédito.

Si la figura de Cristo es salvadora -y por tanto lo son su Pasión y su Muerte, es porque él ha abierto caminos de esperanza insospechados, inalcanzables para el hombre. El concepto de "salvación", uno de los más estudiados por la fenomenología, se refiere a la aparición en el hombre de un nuevo orden de bienes y valores, un nuevo orden de posibilidades de realización y de felicidad, incomparables con los que pueden procurar los bienes terrenos. No es que el hombre deje de interesarse por los bienes mundanos, incluso los introduce en su vida religiosa mediante la oración de petición. Pero es consciente de la disimilitud radical que tienen con el Bien al que se orienta su actitud religiosa. Y ese Bien se le hace accesible, se le manifiesta como próximo y alcanzable. Se le "revela". En definitiva, la salvación se presenta como una unión con el Misterio, con el Absoluto, o como el paso a una forma de ser absolutamente diferente de esta vida sobre la tierra.

Y eso precisamente es lo que le acontece a la humanidad de Jesús, al hombre Jesús, en su resurrección. La resurrección no es sólo un hecho prodigioso, un hecho divino, sino aquel hecho divino que nos abre a todos el camino a la salvación, el camino a la esperanza. Por eso la primera predicación apostólica se centra en anunciar esa resurrección. Y san Pablo opina que "*si nuestra esperanza en Cristo no va más allá de esta vida, somos los más miserables de todos los hombres*" (1 Cor 15, 19). Sólo la esperanza de salvación verdadera, radical, justifica la actitud religiosa.

Así pues, si del relato de la Pasión quitamos primero la viabilidad del proyecto ético de Jesús, y luego la irrupción salvadora de Dios que rescató a Jesús de entre los muertos -y muchos de nuestros "cristianos" lo hacen- no nos queda ninguna salvación. Y ya no hay anamnesis, no hay salvación personal que celebrar, no hay nada que celebrar. Hay sí, un relato bello, hay el recuerdo de un hombre bueno, alguien en quien podemos ver incluso la cima de todas las bondades del hombre, y la síntesis de todos los padecimientos de los hombres. Pero una bondad y unos padecimientos que no encuentran retribución, nadie hay detrás del horizonte de la muerte que les de respuesta.

En relación con esto, está la actitud de quienes quitan al ser Absoluto de ese horizonte. Cuántos dicen creer en Cristo pero no en Dios. Aparte de

que la persona de Cristo no es comprensible sin la propia idea religiosa que él tenía, desde la que él se comprendía a sí mismo, sólo la existencia de un Ser absoluto, lo llamemos como lo llamemos, puede sustentar una salvación distinta del mero éxito en este mundo. Un éxito en todo caso efímero, que no resiste la mordida del dolor y de la muerte, y al que no podemos llamar salvación.

La ritualidad es sólo una forma de relación con el Absoluto. Sin la creencia en el Ser absoluto, sin la fe, sin los contenidos de la fe, sin la comprensión del Absoluto..., dicho de otro modo, sin la dimensión "racional" de la actitud religiosa, la ritualidad es una mera representación teatral, una farsa. Salvada la creencia en el Absoluto, la ritualidad se presenta como una de los ingredientes básicos de una actitud religiosa auténtica, una expresión de esa actitud religiosa en el nivel de la acción. No la única, porque al mismo campo de la acción pertenece el comportamiento moral, que deriva del carácter totalizador que tiene la relación con lo divino para la vida del hombre, y que testimonia en la práctica la adhesión del hombre a la salvación que Dios le entrega.

La auténtica actitud religiosa tiene también un componente emocional, en el ámbito del sentimiento: la profunda impresión que produce en el hombre la aparición de lo divino determina una atmósfera, un clima emocional peculiar, de especial intensidad. Cuando el Ser absoluto se nos manifiesta, nos revela sus atributos: se manifiesta como suma Verdad, suma Bondad, suma Santidad... También como suma Belleza, y eso justifica el desarrollo de la dimensión estética de la religión, del arte sacro en todas sus manifestaciones. No somos los cofrades ajenos a esta dimensión, y es evidentemente un camino válido para acercarse a la divinidad, pero por sí sólo, como camino único, sin el contrapunto de la fe, de la creencia, a nada conduce.

Dios se nos manifiesta como "trascendencia activa", esto es, como Dios vivo, que interpela al hombre, que le sale al encuentro. No es una idea ni una explicación de determinadas realidades o situaciones. No es algo sino Alguien. Y así, el sujeto religioso experimenta su acto religioso como respuesta a una llamada previa. Podemos hablar de oración, de contemplación, de interioridad... Ya he dicho que, en el silencio de la procesión, bajo la soledad del capirote, hay siempre una actitud religiosa, que se manifiesta en diversas formas: oración vocal, meditación, revisión de la propia vida, oración de intercesión por otros...

Pero, una vez más, la "experiencia" de lo sagrado no basta por sí misma, requiere el contrapunto de la fe, de los contenidos de la fe. Sin ellos, la interioridad es poco más que un método de relajación, una búsqueda de bienestar psíquico o de paz espiritual.

Por último, debemos señalar como otro de los componentes básicos de la actitud religiosa su dimensión social. Incluso como una dimensión preexistente a la dimensión personal, íntima. Y si así ocurre en la generalidad de las religiones, en la nuestra toma un nombre característico: la *eclessia*, el pueblo de Dios: "*[Dios] quiso santificar y salvar a los hombres no individualmente y aislados, sin conexión entre sí, sino hacer de ellos un pueblo para que le conociera de verdad y le sirviera con una vida santa*" (LG 9).

Pero esa dimensión eclesial no se manifiesta de forma exclusiva en la gran Iglesia, la comunión de todos los creyentes. Sino, muy especialmente, en las pequeñas comunidades, donde se dan en verdad esos "*vínculos interpersonales sólidos y duraderos*" de que hablábamos en el punto anterior. Donde es posible "*el encuentro con personas concretas que tratan de llevar sinceramente la práctica del cristianismo a su vida diaria y están dispuestos a hablar de ello con los demás y a darles testimonio*".

Recapitulando todo lo anterior, diremos que desde un punto de vista fenomenológico hay en las cofradías grandes valores y significativas lagunas. Muchas de ellas, no exclusivas del ámbito cofrade, sino propias de nuestros creyentes, de la fe de nuestro tiempo. En el capítulo positivo podemos poner la riqueza ritual, la experiencia inmediata de Dios, el desarrollo de la estética y el arte sacro, y de la dimensión social en nuestras Hermandades. En el negativo, la flojedad de los contenidos racionales de la fe, y de la respuesta moral que lleva aparejada.

No se trata de un resultado positivo por 4-2. Para que una actitud religiosa se desarrolle de forma adulta se requiere una armónica conjunción de todas las dimensiones. Sin esa armonía podemos caer en cosas que son distintas de una religión. En lo que los autores llaman "*actitudes e intenciones no religiosas de la relación con el Absoluto*". Por ejemplo, el mero esteticismo, el mero eticismo o la magia. Y quizá caigamos a menudo en esas actitudes. ¿Qué contrapunto debemos buscar? ¿En dónde debemos poner el énfasis? Precisamente en aquello en que más flojeamos: en la comprensión del misterio divino -del

misterio de Jesús, del Dios de Jesús, de los contenidos de nuestra fe- y en la praxis moral. Pero también habrá que prestar atención a la posición relativa que ocupa cada elemento: relativizar la ritualidad respecto de la comprensión del Absoluto, relativizar la "experiencia de interioridad" y la estética, lograr que la dimensión social de las cofradías esté igualmente iluminada por esa revelación. De forma que todas ellas sean de verdad un valor y no un contravalor, un testimonio y no un antitestimonio.

### **Líneas maestras para una renovación**

El objeto de esta ponencia son los niños y las cofradías. Eso nos obliga a plantear ante todo unas líneas maestras destinadas a los niños, a hacer que ellos *comprendan* y *vivan* con mucho mayor riqueza lo que es la cofradía. Debemos alejarnos de eso que antes llamamos "el infantilismo", una visión simplista y reducida a lo emocional y a lo estético que luego -esa es mi tesis- es la causa fundamental del abandono que se produce cuando entran en la adolescencia. O si no es la causa, ya que todo el entorno ambiental de esa nueva edad favorece ese desarraigo, sí que es la circunstancia que permite que las otras causas actúen con tanta facilidad.

*Comprender y vivir*: esas son las dos tareas fundamentales que dan cuerpo, entidad, a su pertenencia cofrade. En conjunto, podemos hablar de una "pedagogía" de lo que es la cofradía. *Pedagogía* en el sentido etimológico de la palabra: guía o conducción de los niños. No es una mera enseñanza, no basta con llenarles la cabeza de conceptos teóricos. Es precisa una atención personal que atienda su situación, que sea de verdad un acompañamiento de esa situación, y que les encamine en la consecución de una situación nueva.

Cuando hablamos de formación cofrade, inconscientemente pensamos en los niños, en actividades formativas para niños. Creo que de todo lo dicho antes se deduce claramente que no son los niños el principal problema, sino que en buena parte son los padres, los adultos, su propia pobreza personal y de fe, su imposibilidad para transmitir algo que vaya más allá de lo estético o emocional, la que determina la situación de los pequeños. Por eso, jamás podremos hablar de formación de niños como algo aislado. Nunca lograremos formar a los niños si no emprendemos, al mismo tiempo, la tarea de formar a los mayores y, cómo no, también

a los jóvenes, a los que ocupan un lugar intermedio y son referencia más inmediata para los niños.

Por el contrario, si logramos unos adultos formados, conscientes de lo que supone la cofradía, y que tratan de ser coherentes con ello, la formación de los niños estaría casi automáticamente garantizada. Ya desde los tiempos del Nuevo Testamento vemos cómo la influencia paterna -positiva- era determinante en la extensión del Evangelio. "*Si crees en el Señor Jesús, os salvaréis tú y tu familia*", dice Pablo al carcelero de Filipos (Hch 16, 31). Crispo, jefe de la sinagoga de Corinto, "*creyó en el Señor con toda su familia*" (Hch 18, 8). La fe de un miembro, hace que toda la familia reciba el bautismo (Hch 16, 14; 1 Cor 1, 16). La conversión "*de las casas*", como se decía entonces, era el sistema básico de transmisión de la fe. Durante siglos ha sido la familia el ámbito principal para esta transmisión. Y eso es justamente lo que hoy día parece más en crisis. Pero no es tanto una crisis de los niños, sino de las familias. Y por tanto la formación cofrade de las familias -en particular de los adultos- es el camino de la regeneración.

Pero volvamos a los niños. Hace no mucho tiempo encontré un esquema de formación de jóvenes propuesto por Fernando Vidal (Misión Joven nº 317, junio 2003), que me parece enormemente claro y práctico, y válido para cualquier edad, también para la que estamos tratando. Parte de afirmar que toda pedagogía tiene por objeto incorporar a los formandos a una cultura. Es decir, a un "imaginario colectivo" que contiene *creencias, valores, sentimientos y praxis*. En nuestro caso, la cultura propia del mundo cofrade. Incorporarles a ella, lo que no quiere decir simplemente entregarles un legado del pasado. Se trata de que lo hagan suyo, y por tanto, también de que aporten su parte para que ese legado se transmita enriquecido a otros.

Ningún ser humano se forma en el vacío. Todos nacemos en una cultura, un sistema que nos permite situarnos en el mundo. Que va a plenificar todo acto nuestro para que sea verdaderamente un acto humano, dotándolo de referencias a ese sistema de creencias, valores, sentimientos y prácticas. Sin ella, sin ninguna cultura, nacer o morir, comer o festejar, carecen de sentido. Recibimos la cultura, pero a la vez debemos apropiárnosla y transmitirla. También la cultura religiosa y -dentro de ella- la cultura cofrade.

Educar es, por tanto, aprender a valorar, creer, sentir y practicar. *"Las cuatro dimensiones deben ser trabajadas, pues un enfoque que sólo use la dimensión de los valores cae en un eticismo que es incapaz de aportar el sustento necesario para la transmisión e innovación de dichos valores; un enfoque basado puramente en las creencias (principalmente en ideologías) es un enfoque doctrinalista incapaz de orientar al sujeto en las situaciones concretas; un enfoque basado sólo en sentimientos cae en el esteticismo; un enfoque basado sólo en las prácticas peca de excesivamente pragmatista. El enfoque equilibrado tiene que contener proporcionalmente esos cuatro elementos de la cultura"*.

En correspondencia con ello, son cuatro las acciones pedagógicas que propone este autor: *narrar, vincular, optar y experimentar*.

Cuando hablamos de NARRAR, nos referimos fundamentalmente a la transmisión de un relato. El texto que explica y fundamenta nuestra vida cofrade. Ya hemos hablado antes suficientemente del relato. No se requiere sólo conocer los hechos de la Pasión o la vida de Jesús, es preciso conocer su significado. Presentar a Jesús como la presencia de Dios, del Absoluto, y por tanto como la fuente de salvación; conectar el Jesús terreno, y su Pasión, con el Jesús resucitado, que supone el triunfo de la vida; explicar la entrega de Dios en Jesús como el único camino que abre esperanza... Pero siempre teniendo en cuenta que se trata de un relato histórico, no de un mito; que está conectado con nuestras vidas concretas, que nuestras existencias son el espacio y el tiempo para acoger esa salvación y para responder a Dios que así se nos manifiesta.

VINCULAR supone *"configurar la geografía de la realidad"* del niño, y su *"red de confianzas"*. Es ligarle a Dios en quien cree, y a quien puede dirigirse de un modo personal, como hijo; a la cofradía como una comunidad viva, la comunidad de la gente que ama y le ama, que son sus hermanos para siempre, y de la que también él es responsable; dentro de ella, al grupo de niños de su edad; y también –por supuesto– al conjunto de realidades eclesiales a las que su hermandad está abierta.

OPTAR. *"Es importante una pedagogía de la opción que ejercite al sujeto en el discernimiento, la deliberación y el seguimiento"*. Podíamos llamarlo también, una educación moral, que vaya enseñando al niño a emitir sus propios juicios de valor respecto de las conductas propias o

ajenas. Y no de una forma voluntarista, sino derivada de sus propias creencias, valores y sentimientos. Pero la educación moral no puede ser sólo teórica, debe tener un componente vital, y a eso nos referimos con *EXPERIMENTAR*. "*Es necesario tener experiencias desde muy joven, que desde muy temprano los niños participen junto con sus padres*" o con los hermanos cofrades mayores en aquellas acciones o manifestaciones que van dando hondura a sus opciones morales. Nos referimos a compromisos sencillos, en casa o en el colegio, pero también en la cofradía y en otros ámbitos. Por ejemplo, participar en la Operación Bocata de Manos Unidas, o en la recogida de alimentos del barrio. Y sólo participando desde la cofradía, acompañados por los adultos de la cofradía, lograrán adquirir un sentido práctico de lo que significa su pertenencia cofrade.

A este esquema tan precioso me permito añadirle un quinto punto: CELEBRAR. Es preciso revisar y enriquecer la participación de los niños en nuestros ritos cofrades. Estimular en ellos los sentimientos de adoración y veneración de los misterios que alumbramos, y que dan contenido a los actos de culto; enseñarles a evitar una actitud "mágica" que intente manipular a Dios con nuestras peticiones o nuestras penitencias; enriquecer éstas con el significado de la verdadera ascesis cristiana... Y todo ello será posible revisando la liturgia y los ritos cofrades, preparando los oportunos materiales incluso con fórmulas de oración adecuadas a su edad, también mediante charlas personalizadas, o en diálogos improvisados. Y sobre todo en la misma práctica, lo que incluye potenciar los pequeños ministerios de los niños en la procesión o en los demás actos cofrades, de forma que se sientan partícipes activos de nuestras celebraciones.

### **Sugerencias operativas para una pedagogía infantil**

Las líneas maestras antes enunciadas deben concretarse en propuestas formativas concretas, planes concretos, que intenten siempre el equilibrio entre las cuatro o cinco dimensiones enunciadas. A esto nos referimos con la denominación "sugerencias operativas". No pretendo ser exhaustivo en este terreno, un terreno meramente práctico, donde la experiencia de los oyentes puede ser muy superior a la mía. Simplemente deseo enunciar algunas, que sirvan de orientación y, como se indica en el nombre, de sugerencia.

a) Acciones en el entorno de la catequesis de iniciación cristiana

Suponemos que la mayoría de nuestros niños están participando en la catequesis de iniciación cristiana en sus parroquias. El vigente Directorio General para la Catequesis (S. Congregación para el Clero, Roma 1997), en su N<sup>o</sup> 261, citando en esto la Christifideles Laici n<sup>o</sup> 62, señala que los movimientos y asociaciones *"cada uno con sus propios métodos, tienen... la oportunidad de completar, concretar y especificar la formación que sus miembros reciben de otras personas y comunidades"*.

En este terreno sí que existen algunas experiencias cofrades, y las que conozco con un notable éxito. "Completar y concretar" son verbos que nos remiten a lo que antes dijimos: la necesidad de unos 'grupos humanos abarcables' donde se establezcan *'vínculos interpersonales sólidos y duraderos'* que puedan determinar *'procesos personales de identificación como los que se realizan en el encuentro con personas concretas que tratan de llevar sinceramente la práctica del cristianismo a su vida diaria y están dispuestos a hablar de ello con los demás y a darles testimonio'*. La parroquia, en determinados casos, corre el riesgo de convertirse en un ente distante y anónimo. Y la proximidad de la cofradía, de determinadas personas de la cofradía, puede ser de utilidad a la hora de encontrar modelos de vivencia cristiana. Claro que esto depende de los casos: hay cofradías cien veces más grandes que alguna de mis parroquias.

"Completar y concretar" supone una serie de actividades que suponen la profundización en el mensaje recibido en la catequesis. Para que la formación sea completa -el Directorio antes citado lo señala claramente- no debe ser únicamente instrucción intelectual. La celebración, la oración, los pequeños compromisos, la socialización en una comunidad creyente, el enriquecimiento del tiempo de ocio, incluso el juego... son ámbitos necesarios para que la fe se desarrolle en todas sus dimensiones.

Yo creo que el verbo "especificar" se refiere más a la posibilidad de "teñir" la formación cristiana general con una tonalidad espiritual concreta, en nuestro caso la propia de una hermandad penitencial. Una posibilidad legítima y casi diríamos imprescindible, porque la fe solo existe encarnada en opciones vitales concretas. Pero la conjunción de los tres verbos es más cuestión práctica que de grandes planteamientos. Cuando un niño cofrade, en tiempo de Navidad, ayuda a montar un

nacimiento en su hermandad, suele poner figuritas de cofrades que van a adorar a Jesús en el portal. Y cuando en catequesis o en el colegio se le explica la Pasión, piensa en su imagen titular. No somos distintos en la cofradía de cuando estamos en la catequesis, somos los mismos, y todo, debidamente entrelazado, lleva a un crecimiento mayor y más sólido de la fe infantil.

Otra cuestión es cuando el niño no está participando en la catequesis de iniciación cristiana. Puede ser que -por la edad- no le corresponda, o que aún correspondiéndole no la haya comenzado. Incluso podemos encontrarnos niños en edad escolar que ni siquiera han recibido el bautismo. Si en cada hermandad hubiera un directivo responsabilizado de los niños, tendría mayor facilidad para conocer las distintas situaciones personales. En estos casos, habrá que intentar remitir a los niños a su catequesis parroquial. Y en caso de que no exista un plan para su edad en la parroquia, intentar complementarlo desde la cofradía, como "catequesis de apoyo". Afortunadamente cada vez son menos las parroquias que se limitan a la catequesis de preparación sacramental, y desde la Primera Comunión nada ofrecen hasta la preparación para la Confirmación, pero las hay. Y en estos tiempos, la cofradía puede ofrecer un programa adecuado a la edad, como los que se siguen en otros lugares.

Más compleja es la participación de la cofradía en impartir la catequesis de iniciación propiamente dicha. El citado Directorio señala que la comunidad cristiana es el origen, lugar y meta de la catequesis (Nº 254), y que la parroquia es el lugar más significativo en que se forma y manifiesta la comunidad cristiana (Nº 257), ya que congrega en la unidad a todas las diversidades humanas que en ella se encuentran, y las inserta en la universalidad de la Iglesia. Ella es el ámbito ordinario donde se nace y se crece a la fe. Ella debe seguir siendo -pese a las profundas transformaciones que ha experimentado en nuestro tiempo- la animadora de la catequesis y su "lugar privilegiado".

Bien es verdad que el propio Directorio señala el papel de las asociaciones, movimientos y agrupaciones de fieles, y aún declarando que "*no son una alternativa ordinaria a la parroquia*" (Nº 262), admite la posibilidad de que tengan alguna responsabilidad en el proceso, incluso establece los principios por los que se debe regir la catequesis en estos movimientos. Todos conocemos movimientos -si es que se les puede llamar así- que se responsabilizan personalmente de la catequesis de

iniciación de sus niños. Pero esto, que yo sepa, no se ha dado hasta ahora en las cofradías. En todo caso, debería ser -a mi juicio- un proceso coordinado con la catequesis parroquial, que nazca de ella y a ella conduzca. Y un proceso tutelado por los responsables catequéticos de la parroquia.

b) "Catequesis cofrade" para niños

Uso aquí el término "catequesis" por analogía con los métodos y tiempos de la impartida en las parroquias. Pero no me estoy refiriendo a la formación básica y orgánica en la fe, que es la verdadera catequesis, sino a la formación específica en los contenidos de la cofradía, en su espiritualidad, historia y tradiciones, ritos y celebraciones, etc... Si se desea que el niño arraigue en la hermandad, debe conocer, aprender a amar y a vivir, la asociación a la que pertenece. Se han propuesto temarios y métodos para formación de adultos, pero no he visto ninguno destinado a los niños cofrades. Quiero decir que no he visto ningún temario ordenado, programado, porque iniciativas concretas, más o menos planificadas, he visto varias. Podía ser conveniente elaborar, a nivel local o diocesano, incluso con valor a nivel nacional, unos temarios adecuados a las edades de que estamos hablando.

En todo caso, conocer el espíritu de la cofradía implica profundizar en los contenidos de fe. por lo que estas actividades acaban relacionándose con las del punto anterior: el apoyo a la catequesis de iniciación cristiana.

c) Actividades para la Semana Santa

Los días de Semana Santa, y los inmediatamente anteriores, pueden ser la mejor oportunidad para esa pedagogía cofrade de que hablábamos. Y lo son habitualmente, aunque de forma desordenada y sin planificación ninguna. Pero es que la enseñanza práctica que tiene lugar en estos días es muy superior a ninguna teoría. De todas formas, se puede realizar un plan de actuación con los niños, que incluya los apartados antes mencionados: momentos de enseñanza y de juego, algún rato de oración y lectura de la Palabra de Dios que se proclama estos días, y el conocimiento y participación en las ceremonias cofrades. Que les enseñe a vivir las procesiones y los cultos, a entender la Semana Santa y relacionarse con las imágenes titulares, y a apreciar y vivir la fraternidad.

Y, junto con la enseñanza, de la que pueden estar responsabilizados algunos directivos o cofrades jóvenes, estará el conocimiento y el testimonio de otros hermanos de más edad, el ejemplo de quienes viven la cofradía y la devoción a las imágenes titulares con verdadero espíritu de fe, que puede ser la mejor lección.

#### d) Actividades de ocio y paralelas

Las cofradías vienen a moverse, lo queramos o no, en el espacio que queda reservado para el ocio y el tiempo libre. Nuestros niños no tienen mucho tiempo libre hoy día, mucho menos que el que teníamos a su edad hace años. Pero a veces no aciertan a llenar aquel de que disponen. Las actividades para niños que he visto realizar en las hermandades se mueven en este tiempo. Se ofrece a los niños una ocupación para la tarde de los sábados, o para las navidades. Incluso durante el verano, como una oferta estival más, algunas cofradías programan campamentos, talleres u otras actividades.

Todas estas son ocasiones para la formación, pero siempre que la entendamos en sentido global. En navidades no podemos sentar a los niños en un pupitre y darles "catecismo", pero sí podemos llevarles a ver belenes, incluso animarles a que monten uno en la hermandad, que de seguro no quedará tan bonito como el que puedan montar unos adultos, pero puede tener mucho más valor, al menos de cara a la formación. O programar un ciclo de videos

Otras actuaciones tienen un sentido formativo destinado a la propia vida cofrade. He visto talleres veraniegos de adorno floral, de bordados, de música cofrade... Algunas de estas iniciativas pueden ser más propias de cofrades mayores, pero en otras tienen cabida también los niños. Incluso con pequeñas manualidades que luego no tengan un uso práctico. El que les habla no sería el cofrade que es si de pequeño no hubiera hecho "pasitos" con una caja de zapatos y un crucifijo, y "jugado a procesiones" por el pasillo de casa. ¿Ustedes no lo han hecho?

#### e) Grupos de trabajo

A cierta edad se puede pensar en pequeñas tareas o "ministerios" que encomendar a los niños, y que pueden requerir una preparación especializada. El primero que se nos ocurre a todos es el ministerio de

acólito: podemos organizar en la cofradía un grupo de acólitos estable, que se reúnan periódicamente y reciban formación especializada. Una vez más debo señalar que el término "formación" no se refiere a una instrucción teórica. Cuando me ha tocado llevar un grupo de acólitos parroquial, por supuesto que se les ha enseñado la diferencia entre la patena y la custodia, cuándo se usan las vestiduras de color morado y qué es el hisopo. Pero todo eso se hacía en un clima relajado, incluso de juego. A menudo usábamos juegos -crucigramas, el juego del ahorcado, sopas de letras- para esa enseñanza, e incluso se complementaba con otras salidas o actividades al aire libre. Alguna cofradía incluso realiza campamentos veraniegos para sus acólitos.

Además de este ministerio, deben poder marcarse otras tareas y responsabilidades que los niños realicen, de forma que se vayan sintiendo parte activa de la hermandad.

### **La Cofradía como camino iniciático**

Dentro de estas sugerencias operativas, he querido dejar para un punto aparte ésta que tomo de mi amigo y profesor Dionisio Borobio. Está basada en su reciente obra "*Hermandades y cofradías. Entre pasado y futuro*" (CPL, Barcelona, 2003), y en varias conversaciones personales. Pero la adapto a la iniciación de los niños, que me parece el campo más adecuado para realizar el programa iniciático que él propone.

La idea básica es hacer de la integración en la hermandad un proceso dinámico, que tiene varios componentes, y que supone varios "pasos", en edades sucesivas. Cada uno de estos pasos implica una preparación formativa, un "rito de paso" de tipo celebrativo, realizado ante la comunidad, y en él se accede una situación jurídica nueva, con responsabilidades crecientes; una nueva forma de pertenecer el niño a la hermandad. Nueva y progresiva, de manera que el camino iniciático completo supone la integración total a la cofradía, como cofrade de pleno derecho.

Elementos de la filosofía de base de este proceso están presentes en muchas cofradías, que por ejemplo limitan los derechos "societarios" de los niños: el derecho de participar en la juntas o asambleas generales, de votar, de ser electores y elegibles; y paralelamente limitan las obligaciones, especialmente el importe de las cuotas. También diversos

estatutos aclaran la forma de participar el niño en las procesiones y en otros actos de hermandad, dando a esa participación un sentido más pedagógico que propiamente penitencial.

Algunas hermandades van más allá y prevén la existencia de un compromiso temporal de los niños con la hermandad, contraído en su nombre por sus padres u otra persona adulta que los tutele, y que ellos mismos deberán ratificar llegada cierta edad. Incluso se plantea la existencia de un "curso" de paso, una formación específica previa al acceso a la participación plena.

Lo que aquí planteamos es convertir estos principios, ya existentes en muchas cofradías, en un programa estable, conocido por todos, y progresivo. Y que sepa adecuarse, al mismo tiempo, a la etapa que el niño está experimentando en su camino de iniciación cristiana. Todo ello sin olvidar lo antes afirmado respecto de la "pedagogía cofrade": la necesidad de combinar los diferentes componentes (cognoscitivo, emocional, celebrativo, práctico) de una auténtica formación.

A mi juicio, para poder hablar de un camino verdaderamente iniciático, deberíamos distinguir, en cada uno de los sucesivos "pasos", un tiempo de formación prolongada y otro tiempo de formación intensiva. Todo proceso iniciático se caracteriza por un momento de separación-reintegración: en un momento dado, el iniciando es segregado de la comunidad, vive una experiencia formativa intensa que concluye con el "paso" de etapa, y se reintegra a la comunidad en una situación nueva. Pero esta nueva situación no carece de contenidos formativos, aunque se proponen de una forma diferente, más relajada y experiencial, más práctica y menos teórica.

Sería útil combinar todos estos principios y ofrecer a las cofradías un proyecto de camino iniciático para los niños cofrades, pero excede a los límites de esta ponencia. Simplemente incluyo algunas sugerencias sobre cuáles podrían ser las principales etapas, y que no pueden ser tomadas sino como un ejemplo, como una reflexión previa.

#### 1ª) Hasta la catequesis de Primera Comunión

- Estatus de partida: los niños pueden asistir a las procesiones, acompañados de sus padres o "tutores" en la cofradía. No pueden asistir

a los actos administrativos (juntas generales), y rara vez lo hacen a los actos de culto.

- Formación prolongada: a partir de cierta edad, se ofertan a los niños algunas actividades formativas, basadas en una metodología de juego. Una formación centrada en la paternidad de Dios, la amistad de Jesús y María, y su identificación con las imágenes titulares.

- En esta etapa no se propone una formación intensiva, ni hay rito de paso.

## 2ª) Durante la catequesis de Primera Comunión

- Estatus en la cofradía: el niño es invitado a asistir a los cultos de la hermandad, acompañado por un directivo o responsable; la asistencia puede ser puntual, combinándola con otros "cultos para niños", preparados de forma especial y dirigidos por ese mismo directivo. Del mismo modo, en las procesiones empieza a asistir independientemente de sus padres, junto con los demás niños y un directivo responsable del grupo. No asiste a los actos administrativos de la cofradía.

- Formación prolongada: de forma periódica se realiza una "catequesis de apoyo", que se acomoda al programa impartido en la parroquia, con sus propios "tintes cofrades", pero con una metodología menos teórica y más participativa. Paralelamente se plantea algún taller complementario (montar un Belén en Navidades, realizar un cartel para determinadas celebraciones...), o actividades complementarias (proyecciones de vídeo en determinados días, salidas al campo, etc...).

- Formación intensiva: en las inmediaciones de la Primera Comunión, mejor ya una vez celebrada y pasadas las preocupaciones de la ceremonia, se programa un minicurso (2-3 tardes) centrado en la forma de vivir la relación con Jesús en la cofradía; también puede hacerse en cuaresma, acerca de la forma de vivir la procesión, o temas puntuales similares.

- Rito de paso: puede consistir en la entrega del capirote, exigiendo hasta ese momento a los niños a ir descubiertos. O en la imposición de la medalla, retrasada hasta ese momento. En todos los casos, los ritos de paso deberían realizarse ante el conjunto de la hermandad, en una

ceremonia pública para todos los cofrades, o en el transcurso de uno de los actos ordinarios de la hermandad.

### 3ª) Después de la primera Comunión

- Estatus en la cofradía: el niño puede asistir ya a las procesiones cubierto con el capirote o antifaz, y sin la tutela de nadie. Y progresivamente puede ir asumiendo pequeñas responsabilidades en la procesión y en los cultos de la hermandad (acólitos, coro, etc...), e incluso en determinados grupos de trabajo de la vida ordinaria. Aún no acude a los actos administrativos.

- Formación prolongada: se debe pensar ya en una reunión semanal en la que, junto con el repaso de los temas de catequesis de postcomunión (proceso continuo, preadolescencia...) -o su sustitución si en la parroquia no se imparte a estas edades- se debe dar un mayor sentido práctico mediante talleres que tengan una verdadera utilidad para la hermandad, responsabilizando al grupo de niños de ciertas cosas. También puede haber formación específica para determinados ministerios (p.e. acólitos). Las programaciones complementarias (vacaciones de Navidad y verano, fines de semana, etc...) pueden tener más entidad (campamentos, salidas al campo, visitas culturales, etc...). Asimismo se pueden ir iniciando compromisos externos a la cofradía, puntuales (participar en la operación Bocata) o duraderos (participación en la misa parroquial, en grupos de voluntariado para chavales, etc...). Y no hay que olvidar la participación sacramental favorecida desde la cofradía: asistencia a misa dominical, alguna celebración penitencial a lo largo del año, etc...

- Formación intensiva y ritos de paso: estamos hablando de un largo periodo, que seguramente deba ser subdividido en varias subetapas, cada una de ellas marcada por un rito de paso. Los contenidos de la formación intensiva pueden ir avanzando en el conocimiento de la realidad cofrade: la historia de la hermandad, sus tradiciones, su patrimonio artístico, sus ritos, la vivencia de la fraternidad, la caridad y acción social, etc... Los ritos de paso pueden versar sobre el tema tratado en esa formación intensiva. Conviene que el periodo final concluya con la admisión de los niños -ya adolescentes- por el Cabildo o Junta general, como asistentes con voz pero sin voto.

#### 4ª) Periodo de catequesis de Confirmación

- Estatus de partida: los muchachos son ya admitidos a las asambleas generales, participan en las procesiones, y pueden asumir tareas más señaladas; parece conveniente restringirles por ahora el llevar insignias de la hermandad y cargar las imágenes titulares, tareas que se reservarían así para los cofrades plenos. Es conveniente que desarrollen alguna misión también en los cultos de la cofradía.

- Formación prolongada: además del apoyo de la catequesis de Confirmación, se puede insistir especialmente en el sentido eclesial, y la participación en las actividades de la Iglesia. De un modo particular, en la cofradía como forma de vivir la fe, y en sus diferentes actividades (culto, acción social, formación...). Las actividades complementarias se van acordando con la edad y el tiempo de que dispongan los muchachos -a esta edad disponen de menos tiempo- pero exigiendo un mayor compromiso y una significación eclesial más clara, tanto en el seno de la propia hermandad como en otros órganos eclesiales o sociales. También son convenientes los encuentros con otros chicos de su edad, de otras cofradías o de otras entidades eclesiales, asistencia a convocatorias diocesanas de adolescentes, etc.

- Formación intensiva y rito de paso: encaminados a la plena participación en la cofradía, la formación intensiva debería consistir en un mayor conocimiento de los aspectos jurídicos de la hermandad (órganos, funcionamiento, derechos y deberes del cofrade...), y el rito podría consistir en su recepción solemne en la junta o asamblea general, como miembros de pleno derecho.

Otra posibilidad más completa es realizar un auténtico "curso de ingreso" en la cofradía, que acabe con la renovación personal de su compromiso con ella (juramento de las reglas, por ejemplo) que otros prestaron por ellos cuando ingresaron.

Insisto en que lo aquí expuesto es simplemente un ejemplo, no debe tomarse como un plan ya definido que sólo es preciso llevar a la práctica. Se requiere una reflexión y una planificación más profundas, que yo ahora no he podido realizar. Se requiere aclarar algunos aspectos colaterales, por ejemplo qué hacer con los niños o adolescentes que llegan hasta un determinado momento del proceso y no prosiguen ¿Se les va a admitir como cofrades de pleno derecho?

¿Deberán "recuperar" los cursos perdidos? Los adultos que no han recibido esta formación, ¿en qué situación quedan?

Con todo, me parece un esquema sugerente, y como tal lo propongo. Un esquema de trabajo cuya realización supondría la toma de conciencia y la implicación de la hermandad, incluso estableciendo normas para regular los aspectos jurídicos de este proceso. Pero también sería, no lo dudo, un motor de dinamización de los mayores, que así caerían en la cuenta de su situación y sus responsabilidades, incluso algunos de ellos se implicarían personalmente como monitores o catequistas.

En todo caso, la clave de la situación de los niños está -ya lo he dicho suficientes veces- en la formación de los mayores. Sólo si estos profundizan en su vida cristiana y cofrade podrán transmitir algo a las generaciones sucesivas. Si no, será imposible salir de ese círculo de "infantilización" que actualmente nos agobia.

Quiero decir una palabra sobre los procesos formativos en la Iglesia, que vale también para los podemos plantear en las cofradías. En la iniciación cristiana, hemos realizado una apuesta por los grandes procesos, de años y años de duración; en particular por los procesos continuos, que empiezan antes aún de la catequesis de Primera Comunión, y deben desembocar en la integración plena del confirmado en la comunidad cristiana.

La realidad es que nuestros procesos de iniciación producen cansancio, hartazgo, abandono. Muchos de los niños sólo desean acabarlos e irse; otros -la mayoría- no los concluyen. También es verdad que hemos optado por metodologías muy teóricas y formales, que la catequesis parece una prolongación del ámbito de la escuela. Tenemos un sistema de catequesis cuyo principal producto -al menos en número- son las deserciones y los excluidos. Se me dirá que las circunstancias sociales de hoy día son adversas para el florecimiento de una fe adulta. Y es verdad. Pero quizá debemos preguntarnos si los medios que ponemos en marcha contribuyen a ello. También podríamos preguntarnos por qué permanecen los que permanecen. Junto a algunos en que hay una vivencia adulta de la fe, cuántos simplemente continúan por relaciones sociales, por la presión del grupo, por la comodidad de vivir un ámbito de amistad en lugar de enfrentarse el vacío de la calle (los temibles "grupos estufa"). Cuántos de estos grupos, que parecían muy

consolidados, se volatilizan un día determinado sin que nadie sepa muy bien por qué.

Quizá frente a estos procesos -o más bien "junto" a estos procesos-, junto a nuestra preocupación por los que continúan, debemos pensar en abrir la posibilidad de "volver", de reintegrarse. La maduración nunca es lineal, es discontinua, es cíclica -o si se prefiere, es espiral-. Y no es básicamente fruto de los medios que ponemos, sino de la acción del Espíritu. La Iglesia en su conjunto debería acertar a ser un ámbito cercano, próximo, donde siempre es posible volver, reconectar. La religiosidad popular, con su sistema periódico de celebraciones, es un enganche estupendo para poder volver; las cofradías, con su entramado de relaciones humanas, lo son de manera clara. Quizá nuestros grupos "de referencia" (en la Iglesia en general, y en las cofradías en particular), los grupos que siguen una evolución programada con un relativo éxito, deberían ser mucho más abiertos, motores de integración y reintegración, enganches a los que siempre es posible conectarse cuando se vuelve.

Y yo creo que por ello debemos plantearnos no sólo la apertura del grupo, sino su mismo funcionamiento. Una catequesis continuada y muy teórica, no sólo genera exclusión, sino que impide el retorno. "Ya nos llegamos al tema 25 y tu te fuiste en el tema 3". La vida, la fe cristiana, no es algo que se mida por el número de temas que llevamos vistos. Es algo que se vive; que se puede vivir plenamente a los 5 años y a los 70. La Iglesia ha clara en eso, presentándonos muchos modelos de santos que no pasaron de la adolescencia. Y vivir es algo más que aprender una lección.

Se dice -con razón- que hoy día la catequesis es mucho más necesaria que antes, ya que el contexto social ha cambiado. Hace unos años, toda la sociedad era -o decía ser- cristiana; los mecanismos de transmisión de la fe estaban en medio de la vida, lo mismo en casa que en la escuela, en los juegos que en la iglesia. Antes habábamos de la "conversión en las casas" del Nuevo testamento; no creo que los niños de esas familias recibieran catequesis todos los miércoles de 5 a 6, simplemente crecían viviendo la fe. Hoy el entorno no es creyente, y no basta la transmisión del medio familiar o social, hace falta una acción formativa mucho más explícita. Pero no puede limitarse a un proceso catequético que simplemente les agota; hace falta reconstruir

estructuras de vida cristiana, donde el niño crezca en la fe, de forma natural, no limitarse a de una instrucción permanente.

Precisamente por eso he querido distinguir los procesos formativos extensivos y los intensivos. Los extensivos -o prolongados- deben ser más ámbitos de vida que lecciones teóricas. Hay que saber combinar la oración con el juego, la instrucción con la participación en la liturgia, las salidas y los encuentros con otros muchachos con las pequeñas tareas dentro de la hermandad en las que se vive el espíritu cristiano. En términos precisos, debemos apostar por la educación "no formal". Esto es también un reto para los catequistas o animadores, que no pueden "fortificarse" detrás de un libro, detrás de un temario que es preciso cumplir. Deben ser ante todo maestros en la fe y en la vivencia de la cofradía. No deben atiborrar a los niños de conocimientos, sino acertar a abrir sus mentes a nuevas dimensiones de lo que ya viven: su fe y su cofradía; a una mayor profundización y un compromiso más serio.

Los niños quieren aprender. Igual que muchos jóvenes y mayores: basta ver cómo se agotan las ediciones de libros sobre hermandades y procesiones. Y quieren vivir las cofradías y la Semana Santa, porque les gusta, nos gusta. Hay en ellas algo indefinible que nos engancha para siempre. Tenemos que acertar a encauzar esa curiosidad natural; a alimentarla -no a saciarla-. A ser "pedagogos", como aquellos esclavos del mundo griego que sacaban al niño de la mano, y simplemente paseando eran su mejor instrucción. Llevemos a nuestros niños de la mano a la aventura de ser cofrades; al menos durante un tiempo, porque luego se soltarán y seguirán caminando por sí mismos. La aventura de ser cofrade no tiene fin.